

CAPÍTULO 6

Ciclo de vida y edad: aportes de la antropología

Karina Dionisi

Esta propuesta tiene por objetivo desarrollar los principales aportes teóricos y metodológicos de la antropología social al entendimiento de las clasificaciones sociales realizadas a partir de la dimensión de edad, particularizando en este caso en el último ciclo de vida denominado ancianidad, vejez o tercera edad.

Interesa abrir interrogantes, acerca de preguntarnos y respondernos, a cuestiones relacionadas, con las clasificaciones culturales que segmentan y jerarquizan diferentes etapas de vida en el ciclo vital humano, sus funciones en la constitución de un orden social, los cambios en la construcción simbólico valorativa de estas divisiones etarias; enfatizando, en la etapa denominada vejez, a los fines de ejemplificar su rol de etiquetamiento y de formador de grupos etarios (entendidos como grupos portadores de identidades colectivas).

Estas cuestiones, tienen íntima relación con los ejes temáticos y pedagógicos de la materia Antropología Cultural y Social. Y con el marco de un abordaje didáctico, que nos posibilite ampliar y articular con otras discusiones teóricas más generales, como la de naturaleza/cultura, diferencia cultural/desigualdad social o poder/hegemonía.

El tiempo y la edad: de la naturaleza a la cultura

Hablar de la edad, nos lleva inexorablemente a referirnos al paso del tiempo en el transcurrir de la vida. Por lo que el concepto de tiempo se perfila como uno de los vectores a partir del cual, podemos analizar el desarrollo del hombre y lo que él hizo con esto.

Las sociedades humanas han percibido e interpretado, a lo largo de su historia, todos los procesos que tienen un origen natural (día/noche, verano/invierno), en su afán de conocer y relacionarse con el mundo, a partir de una capacidad inherentemente humana, la de simbolizar. Por ejemplo, podemos preguntarnos por qué y cómo contabilizamos el tiempo. Las sociedades occidentales actuales se guían por el calendario gregoriano de origen romano que sustituyó al calendario juliano de origen egipcio a partir de 1582. Este calendario básicamente divide el año en 365 días producto de las investigaciones astronómicas de la época. En el siglo XVIII y con la visión de la iglesia católica en la cuantificación del tiempo histórico, se consideró el

nacimiento de Cristo (25 de diciembre) como punto cero para considerar el tiempo medido en años, antes y después Cristo.

El hombre a través de la simbolización⁹¹, ha clasificado y nominado los cambios y las transformaciones del ciclo de vida humana, poniéndolos en un plano distinto: el de la dimensión cultural. Estas clasificaciones son parte de la construcción de un ordenamiento social, que regulará la vida en sociedad.

En este sentido, tiempo y edad son unas de las categorías fundantes en la construcción del orden humano, con una dinámica propia relacionada a los cambios y transformaciones que el transcurrir del tiempo ocasiona en el espacio social y corporal a los que una estructura simbólica nominará como ciclos de vida, divididos de diferentes maneras- las estaciones, los meses, las edades- que estarán acompañados por la elaboración de una diversidad de ritos de pasaje de un estadio a otro (invierno/primavera, juventud/adulthood, por ejemplo) y por un estatus social diferencial en la escala social.

Como ejemplo, Osorio (2010) argumenta la idea del curso de la vida como ciclos, o sea como una concatenación de secuencias etarias marcadas por una dimensión simbólica subyacente, que se planteó en algunas latitudes en analogía con las cuatro estaciones, como es el caso de la Europa Renacentista. Donde se popularizó la imagen, en el que la infancia aparecía como un momento de esplendor primaveral, mientras que la vejez se consideró como el otoño de la vida, un momento de involución (Hockey & James, 1993; Hazan, 1994, en Osorio, p.5). Así, el curso de la vida, que podemos equiparar al proceso de envejecimiento (desde que nacemos hasta la muerte), ha sido segmentado en etapas etarias y conceptualizado en tal sentido, con una serie de transiciones que son administradas y gestionadas a través de ciertos ritos de pasaje.

Es así, –que como manifiesta Osorio (2010)- el entendimiento de las edades dentro de la organización social de las culturas se encuentra ligado, al estudio de los ritos de paso (p. 5). Dichos rituales marcan el inicio del reconocimiento social de una nueva etapa en el ciclo vital. Las sociedades occidentales contemporáneas, por ejemplo, organizadas bajo la forma nación estado, cuentan con una serie de normativas, en donde son las instituciones estatales las que definen, gestionan y sancionan públicamente ciertas transiciones, o pasos de umbrales entre determinadas edades, para organizar las diferentes etapas del ciclo vital. La mayoría de estos rituales de Estado suelen tomar la edad cronológica como base, así como también el ritual del examen como acto demostrativo de estar capacitado para una nueva función. Este pasaje implica, además, la adquisición del estatus social que acompaña al sistema jerárquico por edad. Pensemos, por ejemplo, en el requisito de una edad mínima para poder participar en el examen de cara a obtener, la licencia de conducir o casarse legalmente, o ciertos exámenes educativos

⁹¹ “El lenguaje representa la forma más alta de una facultad inherente a la condición humana, la de simbolizar. Queremos decir con esto, en un sentido muy amplio, la facultad de representar lo real por un “signo” y de comprender “signo” como representante de lo real y consecuentemente establecer una relación de significación entre algo del uno y del otro.” (Benveniste en Lischetti, 1994)

que marcan transiciones etarias entre ciclos (primaria, secundaria, terciario), o el cumplimiento de determinada edad para jubilarse entre los trabajadores⁹².

Los estudios antropológicos han reflejado las diferentes maneras en que las culturas elaboran esos ritos y le otorgan un significado diverso a la edad y al paso del tiempo en la experiencia de las personas. Entre los suazis de Sudáfrica, por ejemplo, los recién nacidos son considerados, aún no humanos durante los tres primeros meses de vida, luego de ese tiempo recién se les puede poner un nombre y se realiza un rito de acogida por parte de la comunidad. En cambio, en las sociedades occidentales contemporáneas, el recién nacido tiene nombre incluso desde antes de nacer, es visitado, se le llevan regalos y es reconocido inmediatamente como parte integrante del grupo a través del rito de la inscripción en el registro civil (Osorio, 2010: 5).

Hasta aquí podemos decir, que todos los individuos experimentan a lo largo de su vida un desarrollo fisiológico y mental que, puede ser clasificado de manera cuantitativa o cualitativa (edad cronológica/años vs edad social/mayores y menores) según los parámetros culturales de cada grupo social. A su vez, el eje de la clasificación puede estar basado en el individuo o en el grupo de individuos que comparten ciertas características y se diferencian de otros. En este sentido, todas las sociedades: compartimentan el curso de la biografía en períodos a los que atribuyen propiedades, lo que otorga las bases para categorizar a los individuos y pautar su comportamiento en cada etapa. Las formas en que estos períodos, categorías y pautas se especifican culturalmente son muy variadas (San Román, 1989, citado por Feixa, 1996, p. 2).

Siguiendo al citado antropólogo, la edad como categoría nominal y como un indicador de identidad social e individual, abarca dos aspectos referidos por un lado al rol social que dicha edad implica, como así también, a las representaciones sociales atribuidas a cada una de ellas. Así tenemos que la edad como categoría social y cultural: asigna una serie de estatus y de roles desiguales a los sujetos según el período etario (posición, actividades, relaciones); y conlleva un conjunto de valores, estereotipos y significados socialmente aceptados para cada etapa (comportamientos, lenguaje, vestimenta, etc.).

Otros antropólogos, como Balandier (1975), señalan la universalidad del recurso del criterio de edad como un factor determinante de la organización de la vida social. La edad sería un atributo básico, junto con el género, que atribuye una posición social en el ámbito social y familiar.

⁹²Gran parte de estas gestiones se han venido haciendo posibles a partir de la construcción de todo un aparato burocrático institucional, destinado a la delimitación, identificación y análisis de los ciudadanos de un territorio (Caplan, 2001): tupidos sistemas de soporte documental que desde la Edad Media en Europa han venido poniendo en pie diferentes formatos de registro (como las partidas de nacimiento), supervisando cuidadosamente estos vestigios documentales para generar a partir de ellos sistemas de identificación y prueba de la identidad de la persona a partir de alguna serie de rasgos biológicos (y que han constituido la base, asimismo, de ulteriores formatos de análisis sobre la situación poblacional, como la demografía o la estadística: véase Desrosières, 2004). Por tanto, esos "rituales de Estado", que ejercen como verdaderos garantes modernos de los, ritos de paso, revelan la supervisión estatal sobre el ciclo vital para administrar racionalmente el curso de la vida (Katz, 1996). Aunque quizá, dado el carácter secular de muchas de estas prácticas, mejor pudiera hablarse de una pluralidad de "ritos de institución" (como llamaba Bourdieu, 2008, a esas prácticas por medio de las que un poder sancionador "inviste" a alguien con un cargo) con ciertos rasgos o efectos etarios (Osorio, 2010)

Este autor, a partir de la abundante evidencia etnográfica enfatiza en primer lugar, el rol básico de los progenitores (padres) en la reproducción de la descendencia (hijos), proceso que se basa en la condición de dependencia de los nuevos integrantes en su desarrollo biológico, social y cultural y en la reproducción del grupo; lo que tiene como consecuencia, el segundo aspecto que refiere al lugar privilegiado de los adultos varones en su rol de conductores del grupo social. De esta manera, las generaciones mayores se constituyen en la autoridad de este proceso social; tanto por su participación en las formas de socialización de las nuevas generaciones como en la transmisión de los modelos sociales y valores dominantes de la sociedad en cuestión. Balandier (op.cit) a partir de sus estudios comparativos de diferentes grupos etnográficos, enfatiza que el concepto de ancianidad elaborado por la antropología nos permite comprender, la complejidad de la relación asimétrica entre los dos términos. El grupo de los ancianos/adultos, cuentan con un rol social de jerarquía tanto absoluto y como relativo en el mantenimiento del poder y en la lógica de las relaciones sociales establecidas en el grupo. La lógica societal, tiene como uno de sus pilares la relación intergeneracional con una dinámica de opuestos pero complementarios, entre el grupo de los ancianos/padres y el grupo de los jóvenes/hijos. Es decir, el conflicto de poder imperante entre la antigua y la nueva generación, que separa a los hijos de los padres, en una posición conflictiva pero esencialmente complementaria, marcada por la lógica histórica, de sostener el poder (anciano/padre) y de esperar que lo nuevo reemplace lo viejo (joven/hijo). Desde una perspectiva de amplio comparativismo cultural, la antropología concluye que las relaciones de edad complementan la construcción comenzada a partir de las relaciones entre los sexos, constituyéndose en las formas de asociación más antiguas de la humanidad (Balandier, 1975, p. 73-79). Cabe aclarar que esta casta de ancianos, modalidad de las sociedades etnográficas africanas, sobre las que se basa el estudio del autor, está caracterizada por el poder de los mayores/varones sobre el resto (menores/mujeres todas). Y que, a su vez, dentro del grupo de los hijos se visualizan otros antagonismos, marcados por el rol preponderante del primogénito/varón como sucesor privilegiado del poder familiar y comunitario, en la mayoría de los grupos etnográficos estudiados.

Desde el punto de vista colectivo y a partir de la dimensión de la edad, se conforman grupos diferenciados al interior de una sociedad, que serán estructurales en el armado de relaciones sociales basadas en la conformación de un sistema jerárquico (mayores/menores-progenitores/descendientes) cuya lectura puede hacerse desde la vinculación de la valoración simbólica de las diferencias etarias (positiva/negativa) con las desigualdades sociales y de poder que conllevan (sistemas de jerarquías vinculados al esquema de edad y el sistema de parentesco imperante).

En la conformación de estos grupos de edad, autores como Osorio (2006) diferencian entre la edad como ciclo vital (que define los grados de edad por los cuales han de pasar todos los miembros individuales de una cultura, etapas del ciclo vital: niñez, juventud, adultez, ancianidad) con la edad como grupo de edad o generación (que agrupa a los individuos según las relaciones que mantienen con sus ascendientes y sus descendientes y según la conciencia que tienen de pertenecer a una cohorte generacional: son el grupo de personas nacidas entre determinados

años, que en su biografía individual se verán reflejadas las condiciones sociohistóricas de esa generación: por ejemplo, las personas nacidas en nuestro país en los años 80 comparten un contexto histórico como fue la recuperación del sistema democrático luego de siete años de dictadura cívico-militar.

Ya en 1929, el antropólogo Radcliffe Brown, había propuesto la clasificación de grupo y grado de edad, definiéndolo de la siguiente manera:

Grupo de edad: Un grupo reconocido y a veces organizado de personas (con frecuencia hombres solamente) que son de la misma edad. (...) En el este y el sur de África, un grupo de edad está normalmente formado por todos aquellos hombres que son iniciados al mismo tiempo. (...) Una vez que una persona entra en un grupo de edad dado, ya sea por nacimiento o por iniciación, permanece como miembro del mismo grupo por el resto de su vida. Grado de edad: Este término debe ser guardado para divisiones reconocidas de la vida de un individuo mientras pasa de la infancia a la vejez. Por lo tanto, cada persona pasa sucesivamente de un grado a otro, y, si vive lo suficiente, pasará a través de toda la serie: infante, niño, joven, hombre joven, casado, anciano, o lo que sea. (Radcliffe-Brown, 1929 citado por Kropff, 2009, p. 4).

Por ejemplo, Kropff (2009) en su artículo sobre la conceptualización de la edad en la antropología, retoma el trabajo de David Maybury-Lewis sobre los shavante de Brasil para entender la diferencia conceptual y la relación entre grupos de edad y grados de edad. El grupo de edad agrupa en este caso, a todos los hombres que pasaron juntos por la choza de los solteros, para su iniciación al mundo adulto:

Se trata de un espacio-lugar significativo en el que se vive la experiencia de camaradería que permite solidaridades que atraviesan las distinciones de clan y linaje. A cada grupo de edad le es asignado un nombre específico y su pasaje a través de los grados de edad –que tienen otros nombres– está pautado por ciclos rituales de cinco años, (David Maybury-Lewis, citado por Kropff, 2009, p. 170)

Por otro lado, y observando la temática desde el sujeto, tenemos el concepto de la autopercepción de la edad, al respecto Abber y Ginn (citados por Osorio, 2006, p. 4) proponen la existencia de la edad sentida, que se basa en el estado funcional del cuerpo del individuo y en su dimensión simbólica. Estas significaciones culturales refieren a las representaciones elaboradas por el sujeto, en torno a sus cambios, transiciones y transformaciones biológicas.

Desde las ciencias humanas también se han diseñado una serie de parámetros de evaluación de estas etapas de la vida (psicología, medicina, etc) (Osorio, 2006, p. 12). La categoría de la edad ha sido considerada, básicamente por las ciencias de la conducta; especialmente por la psicología evolutiva, la cual ha conformado un esquema universal de etapas del desarrollo humano, cada una de ellas caracterizada por un conjunto de rasgos compartidos por el conjunto de

los individuos situados en los rangos etarios asignados a la etapa de la cual se trate: niñez, adolescencia, juventud, adultez, vejez, etc.

La observación realizada desde la antropología a esta perspectiva de análisis, refiere a que estas disciplinas (la medicina y la psicología evolutiva) tienen como base, una lectura universalista y homogénea del sujeto humano, pensando que el proceso del ciclo de vida puede ser entendido como el transcurso del tiempo cronológico –un continuo segmentado en años- sobre un cuerpo modelo, donde se reflejan los cambios biológicos o las capacidades intelectuales y los comportamientos asociados a cada etapa. Es decir, es la observación del paso del tiempo y los cambios biofisiológico del ejemplar humano universal⁹³, sin referencias al marco sociohistórico ni subjetivo en el que se desarrolla (Gutierrez y Ríos, 2006, p.14).

Es así, que estudiosos de la temática como Gutierrez y Ríos (2006) sostienen que:

(...) la delegación que la cultura dominante (occidental) ha realizado para reflexionar la edad en las ciencias del comportamiento escamotea el punto de partida más elemental y más obvio que es necesario observar cuando se comienza a reflexionar sobre la edad: las distintas edades son distinguibles en el eje de la reproducción/distinción progenitores (mayores) y descendientes (menores) y en el eje del poder, en el cual pueden ventilarse las distinciones etarias, de acuerdo a cómo los adultos, ejercen el poder y producen las edades (p.15)

En otras palabras, no puede desligarse el paso del tiempo, el proceso de envejecimiento o curso de vida, de la construcción social y cultural que la sociedad hace de éste sin pagar, el precio deformante de naturalizar el proceso de envejecer, de biologizarlo, falseando el carácter primariamente histórico y social, entendiendo que las edades son fenómenos socialmente producidos. Por lo que, si bien el envejecer resulta un proceso natural y es una consecuencia de nuestra condición humana, es decir, es parte del ciclo vital, cuestiones tales como qué es la vejez, a qué edad comienza, quienes intervienen en su definición, cuáles son las expectativas de vida para los individuos o la calidad de vida durante el proceso de envejecimiento, qué lugar social ocupan los viejos en la sociedad y qué valor se les asigna y cómo se referencian ellos mismos, están dadas socialmente y son propias de cada sociedad y cultura.

Por ello la perspectiva sociocultural nos permite acceder a las diferencias de las experiencias de la vejez y contemplarla desde sus particularidades. Si nos remontamos a nuestros ancestros, por medio de algunos ejemplos etnográficos, podemos observar en las culturas ágrafas, que la esperanza de vida de las bandas nómades de cazadores-recolectores y comunidades semisedentarias no superaba los 19 y 20 años respectivamente, mientras que en las sociedades eurooccidentales actuales llega, en algunas de ellas, a los 70 en promedio. Por lo que se infiere el impacto de los cambios en las condiciones de vida y de la intervención médica

⁹³ Relacionar con texto de Geertz, sobre la construcción de un modelo universal de hombre.

en el incremento de la esperanza de vida. Rescatando la diversidad de significaciones y prácticas relacionadas con la dimensión etaria observamos diferentes comportamientos culturales respecto al lugar de los ancianos en las mismas. En el caso de los grupos esquimales, que se ven enfrentados constantemente a las dificultades climáticas, las personas más ancianas deciden voluntariamente la muerte, alejándose de la banda para no ser más una carga para el grupo. En cambio, los pueblos nómades de la zona de Tierra del Fuego como eran los yámanas, cuidaban a sus ancianos, pues entre padres e hijos se establecía una relación de afecto y solidaridad y debían, por lo tanto, permanecer juntos hasta que la muerte los separara. Otro ejemplo, es el de los pueblos bantúes del África Sud-Ecuatorial, los más viejos del grupo eran quienes se encontraban más cerca de las deidades, ello se traducía en un importante reconocimiento social, pues intercedían en nombre de su clan frente a los antepasados. O también el del pueblo mapuche, en el cual, la longevidad se asocia a un poder sobrenatural; los ancianos son valorados por su experiencia y la sabiduría que le proporciona todo lo que han vivido. Por ello los más ancianos, por sus diversos roles al interior de su sociedad y de la familia, disfrutaban de bienes, poder, autoridad y prestigio social.

Como corolario a esta primera parte, nos queda sintetizar que, si las fases en que se divide el ciclo vital no son universales (que pueden empezar antes o después del nacimiento, y acabar antes o después de la muerte), mucho menos lo son los contenidos culturales que se atribuyen a cada una de estas etapas. Ello explica el carácter relativo de la división de las edades, cuya terminología es extraordinariamente cambiante en el espacio, en el tiempo y en la estructura social, así como reconocer su rol fundamental en la conformación de la dinámica social.

Agregaremos a esto, el aporte de la psicología crítica en la concepción del tiempo humano. Para ello consideraremos los argumentos de Zaberski (2016, p. 3) respecto a su concepción del tiempo humano en el desarrollo de la vida. Para esta autora, la vida humana transcurre simultáneamente en diferentes escalas de tiempo: cronológico, biológico, psicológico, social e histórico. Al que agrega, aquella dimensión de la vida mental donde paradójicamente no hay registro de tiempo, el inconsciente. Este concepto, rompe la concepción de la linealidad del tiempo mental, al estar caracterizado por su retroactividad: por la capacidad de acción retroactiva de vivencias, impresiones y recuerdos del pasado que son modificados ulteriormente en función de las experiencias actuales a del acceso a un nuevo período del ciclo vital. Entonces, el pasado adquiere un nuevo sentido y a su vez, una nueva eficacia para el presente:

Esta idea enriquece la concepción del tiempo vital humano, pudiendo pensar, además, en sus dimensiones de: anterioridad o posterioridad, repetición o cambio, lentitud o precipitación, retrospectiva o anticipación. En todo momento hay movimientos progresivos, pero también regresivos. El yo de cada sujeto, funciona indudablemente de acuerdo, a su propio tiempo personal (Ferrari, 1997, citado por Zarebski, 2016, p. 4).

De esta manera, podemos pensar el ciclo de la vida de manera compleja, saliendo del pre-concepto de un ordenamiento lineal y evolutivo, tanto a nivel individual como colectivo. Así como comprender la participación de los sujetos individuales y colectivos en su elaboración.

Antropología y edad: aportes para su abordaje sociocultural

El estudio de la edad plantea Feixa (1996), no es un territorio recién descubierto para la Antropología: “desde Maine y Morgan (1877) y desde Frazer y Boas (1900), la edad ha sido considerada, junto con el sexo, como un principio universal de organización social, uno de los aspectos básicos y cruciales de la vida humana” (Spencer, 1990, citado por Feixa, 1996, p. 1).

A pesar de la frondosa descripción etnográfica sobre esta dimensión, la edad, sólo a partir de los últimos años se ha convertido en un objeto de reflexión central, y no periférico en la teoría y la práctica antropológica. Ello se ha traducido en la identificación disciplinaria de un espacio de debate bautizado como: antropología de la edad⁹⁴ (Keith, 1980, citado por Feixa, 1996, p. 2).

Las críticas realizadas desde, la antropología contemporánea, hacen hincapié en que los estudios clásicos de esta disciplina tuvieron una mirada etnocéntrica y androcéntrica, aunque también adultocéntrica; es decir, se ha tomado como parámetro de representación generalizada para estudiar a un grupo, al informante adulto, varón y con cierta jerarquía social. Esta mirada particular, representaba a toda la sociedad, sin incluir otras voces de grupos etarios como los niños, jóvenes o ancianos, ni a las mujeres u otros géneros.

Por ejemplo, en América Latina, la edad no ha sido contemplada en las últimas décadas, como objeto antropológico. Y ello a pesar de la importancia de las agrupaciones generacionales en las culturas precolombinas y en las sociedades indígenas contemporáneas, reflejadas en instituciones tan importantes como el sistema de cargos. La característica de esta institución política y religiosa radica en que todos los adultos varones, ocupan de forma alternada, una serie de cargos jerárquicamente ordenados y dedicados tanto a los aspectos políticos como a los ceremoniales de la vida comunitaria Cancian (1976). Se considera que es un sistema democrático, dentro del mundo de los varones adultos, dado que hay una rotación continua en la ocupación del cargo; por lo que todos los hombres tienen la posibilidad de entrar en la función política y religiosa de conducción de su comunidad. Vemos en este ejemplo, la combinación del atributo

94 Los aportes antropológicos sobre la edad pueden ser divididos por periodos. En un primer periodo, se encuentran las etnografías clásicas como las de Morgan (1877); Frazer (1980), Boas (1911) y Van Gennep (1909) sobre los ritos de paso que estudian la edad desde su rol estructurador en distintas sociedades. En un segundo periodo, se realizan estudios sobre grupos de edad específicos en distintas sociedades, como el de Whyte (1943) sobre bandas juveniles, el de Jacobs (1974) sobre las residencias de ancianos y el de Margaret Mead “Adolescencia en Samoa” (1929). En un tercer periodo, se analiza a la edad como construcción cultural. Bernardi en “Age Class Systems” (1985) y Arber y Ginn (1996) en “Relaciones de Género y Envejecimiento” elaboraron tipologías de la edad para poder entender sus múltiples dimensiones. (Borrilla, 2017).

del género y la edad, como criterios socialmente legítimos, para conducir las instituciones de esas sociedades.

En síntesis, en la antropología clásica plantean autores como Acevedo (1986, citado por Osorio, 2006), los estudios etnológicos de distintos grupos indígenas se han basado en los relatos de varones adultos en su gran mayoría. Esto ha significado no considerar la visión de otros sujetos de las comunidades, como los niños indios, adolescentes y mujeres de todas las edades. La emergencia de nuevos problemas sociales, asociados al crecimiento de las grandes urbes, es la que ha dado lugar a considerar las percepciones de nuevos actores, como los niños de la calle, malandros, pandilleros, ancianos desvalidos, etc (Osorio, 2006, p. 4).

La consideración de la diversidad cultural ha contribuido a deconstruir estereotipos dominantes sobre los grupos de edad subalternos (infancia, juventud y ancianidad), percibidos a menudo como preparación al- o como regresión del- modelo adulto. La antropología contemporánea ha incorporado como tema de análisis prioritario, las representaciones sociales de distintos sujetos representantes de un colectivo etario, a fin de indagar la conformación de distintas identidades basadas en la edad y su relación con el conjunto social del que forman parte.

En este sentido y siguiendo a Feixa (1996, p.2), cabe destacar las diferencias en el abordaje antropológico de la edad en la historia de la disciplina, lo cual nos da un panorama del impacto diferencial en el análisis global cuando partimos de diferentes posicionamientos teóricos sobre la misma. Así tenemos la edad en la antropología, marco que trata de indagar el papel asignado a las agrupaciones basadas en la edad en la historia de la disciplina, fundamentalmente a partir de la comparación intercultural.

Por otro lado, la antropología de las edades que se propone realizar estudios sobre grupos de edad específicos en distintas sociedades, lo que conduce a aproximaciones esencialmente etnográficas y holísticas.

Finalmente, la antropología de la edad, que plantea análisis transversales sobre la edad como proceso cultural, lo que conduce a aproximaciones de naturaleza esencialmente teórica.

En la realidad concreta estas tres perspectivas a menudo se entrelazan, por lo que autores como Feixa (1996, p. 15), prefieren referirse a una antropología del ciclo vital y de las relaciones intergeneracionales, como marco de análisis global. Antropólogos contemporáneos como el mencionado arriba junto a Chiriguini (2006) Briones (1996), y Kropff (2009) señalan que debemos salir de la perspectiva de considerar a los grupos de edad como si tuviesen una coherencia exclusivamente interna o una existencia propia o esencialista. Para evitar esta tendencia a aislar los estudios sobre la edad de otras dimensiones culturales, proponen combinar dos posibles perspectivas de análisis.

Una de ellas, parte de la visión de la construcción cultural de las edades, con el objetivo de estudiar las formas mediante las cuales cada sociedad estructura las fases del ciclo vital, delimitando las condiciones sociales de los miembros de cada grupo de edad (es decir, el sistema de derechos y deberes de cada persona según su grado de edad), así como las imágenes culturales a las que están asociados (es decir, el sistema de representaciones, estereotipos y valores que legitiman y modelan el capital cultural de cada generación). La edad aparece como un constructo

modelado por la cultura, cuyas formas son cambiantes en el espacio, en el tiempo y en la estructura social. Ello conduce a preguntas como las siguientes:

¿Cómo ha cambiado históricamente la organización del ciclo vital?, ¿de qué manera se organizan actualmente las fronteras y los tránsitos entre las diversas etapas biográficas?,

¿Cuáles son las transformaciones recientes en las condiciones sociales de las distintas edades?, ¿cómo influyen las instituciones en la vida de los grupos de edad subalternos?, ¿qué relación existe entre la marginación de los jóvenes y la de los ancianos? (Feixa, 1996, p. 15).

La segunda perspectiva de análisis, tiene como premisa de trabajo la construcción generacional de la cultura, que parte de estudiar las formas mediante las cuales cada grupo de edad participa en los procesos de creación y circulación cultural, lo que puede traducirse en determinadas percepciones del espacio y del tiempo, en formas de comunicación verbal y corporal, en mecanismos de resistencia y cohesión social, en producciones estéticas, lúdicas y musicales, en discursos simbólicos e ideológicos, y en apropiaciones sincréticas de los flujos transmitidos por las grandes agencias culturales. Ello conduce a preguntas como las siguientes: ¿cómo han cambiado históricamente las imágenes culturales de las diversas edades?, ¿qué discursos elaboran los distintos grupos de edad sobre su experiencia vital?, ¿en qué contextos surge y cómo se expresa la conciencia generacional?, ¿cómo influyen los grupos de edad subalternos en el funcionamiento de las instituciones?, ¿cómo construyen y se apropian los jóvenes y ancianos de los espacios y tiempos de su vida cotidiana? (Feixa, 1996, p. 16).

Estas dos perspectivas nos permiten elaborar un estudio de las edades dinámico y relacional (Chiriguini, 2006), que arribe a conclusiones de cómo se construyen las diferencias y desigualdades etarias al interior de una sociedad y cuál es su funcionamiento en términos de productora de identidades sociales (sistemas simbólicos de pertenencia que señalan las fronteras entre lo propio y lo ajeno)⁹⁵. En este sentido, argumenta Kropff (2009), “la etnografía situada permite reconstituir el contexto interpretativo y el contexto construido por el uso de la categoría de edad”, que en tanto categoría discursiva esta “constituida y es constituyente de lo social” (Reguillo, 2000, citado por Kropff, 2009, p. 80). Estas conceptualizaciones están en permanente construcción, atravesando un proceso histórico, a lo largo del cual se sedimentan sus sentidos, reflejado en los cambios y permanencias en sus categorizaciones (Kropff, 2009, p. 181).

⁹⁵ Como expresa Campan (citado por Chiriguini, 2006), la identidad se constituye en el momento que nosotros tomamos conciencia de otro diferente, que también es parte de un conjunto social, de otro que representa características ajenas a lo propio. La identidad es un proceso de identificaciones históricamente apropiado que le confiere sentido a un grupo social. Las identificaciones implican un proceso de aprehensión y reconocimiento de pautas y valores sociales a los que adscribimos y que nos distinguen de otros que no los poseen o no los comparten.

Visión de la vejez en las sociedades actuales

A los fines de ejemplificar la temática, consideraremos la construcción de la noción de vejez/vejeces en las sociedades occidentales del siglo XX.

Así como la modernidad inventó, la infancia como categoría cultural, que permitió pensar con cierta especificidad acerca de los niños (diferenciándolos de los adultos) y saber de ellos para poder normativizarlos acorde a las necesidades de las instituciones sociales elaboradas para tal fin; el siglo XX inventó la vejez. Las naciones occidentales dieron a la luz, a la vejez, como categoría sociocultural (Yuni, 2015, p. 323).

El crecimiento cuantitativo de las personas mayores a partir de la postguerra y las transformaciones cualitativas producidas por el efecto de las políticas impulsadas por el estado de bienestar (acceso a la jubilación, a la atención a la salud, al reconocimiento de derechos particulares para los mayores, a la educación permanente, etc) produjeron la emergencia de un conjunto de saberes acerca de la vejez y el envejecimiento (organizados en la gerontología como disciplina teórica y de intervención) y de una variedad de instituciones y organizaciones destinadas a atender los diferentes tipos de necesidades de las personas mayores (Barca, Oddone y Salvarezza, 2001, citado por , Yuni, 2015, p. 324).

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX y hasta la actualidad se observa una clara tendencia a la institucionalización de la vejez. Este proceso segmentó el curso de la vida en edades sociales, a cada una de las cuales se le asignan representaciones, valores, prácticas, ideologías, recursos y oportunidades vinculadas a un conjunto de roles y expectativas que regulan los intercambios entre las diferentes generaciones.

Podemos afirmar, dice Osorio (2010, p. 15), que a finales del siglo XX y ya en el siglo XXI: “la longevidad es una realidad y la vejez adquiere otra significación socio-temporal, pues la distancia entre la adultez mayor y la muerte es mucho más amplia y la frontera entre ellas ya no resulta biocronológicamente muy clara”.

Para entender los cambios en las concepciones y atributos ligados al concepto de vejez en las sociedades occidentales actuales, partiremos de la propuesta por la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2002, citado por Yuni, 2013, p.263), organismo que elabora un proyecto de vejez saludable, a partir del concepto de envejecimiento activo⁹⁶. El cual, básicamente propone el pasaje de una concepción pasiva del sujeto viejo a una activa, donde el énfasis está puesto en las potencialidades de los sujetos viejos en lograr una vida plena, saludable, exitosa y competente. Los nuevos discursos, prácticas e instituciones dedicadas a los adultos mayores y que

⁹⁶ La OMS lo define como “el proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen; permite a las personas realizar su potencial de bienestar físico, social y mental a lo largo de todo su curso vital y participar en la sociedad de acuerdo con sus necesidades, deseos y capacidades, mientras que le proporciona protección, seguridad y cuidados adecuados” (OMS, 2002). Surge así una visión optimista de la vejez, ligada a un énfasis del carácter participativo en este proceso del adulto mayor y de la responsabilidad social de colaborar en estos objetivos (Yuni, 2013, p. 263).

adhieren al proyecto de una vejez activa, tienen que afrontar las tensiones y disputas simbólicas con otras concepciones ligadas a la permanencia de representaciones socioculturales, como las de la edad media, por un lado, que presentó una visión de la vejez como decrepitud, deterioro, decadencia física, psíquica y moral (Minios, 1987, citado por Yuni, 2013, p. 264). Y por el otro, de la modernidad, que ponderó a este sector como improductivo, pasivo, carente de posibilidades de participar de las relaciones económicas y productivas que el sistema capitalista evalúa como el eje de la generación de riqueza (Yuni, 2013, p. 263).

Diferentes autores, focalizan que este cambio de representación de la vejez es concordante a la constitución discursiva de un proyecto político y económico que pondera el aporte económico de este grupo de edad al sistema social. A partir del desarrollo de una serie de instituciones, saberes y prácticas ligadas al logro de este objetivo.

El cambio de paradigma incluirá la articulación de un proyecto social y político, es decir de una fuerte intervención institucional para llevarlo a cabo y del agenciamiento del sujeto viejo, en la construcción de su propio proyecto de vida personal. En este sentido y como se argumentó anteriormente, el cambio radica en que el paso del tiempo como representación del proceso de envejecer, no aparece como un camino de inevitable deterioro biológico progresivo; sino como la posibilidad de transitar una vejez satisfactoria, desde el punto de vista de la enfermedad y las relaciones humanas. Además, pondera la intervención del propio sujeto viejo de ser parte de la conformación de su proyecto de vida. Dando lugar, desde una mirada psicológica, al atributo humano de poder proyectarse en ese tiempo en que transcurre la vida personal y social. De esta forma, el envejecimiento activo tiene un sentido comunal no individual, en el que a- hacerse viejo ocurre en un contexto, signado por representaciones socioculturales en relaciones humanas particulares. Así como al acontecer temporal se le restituye el carácter subjetivo, que es la cualidad inherente a la condición humana.

Es nuestra tarea preguntarnos sobre los alcances de esta definición de vejez, en un mundo ampliamente diverso y desigual y la factibilidad de poder llevar a cabo este proyecto para distintos grupos sociales de viejos excluidos de los beneficios de este nuevo paradigma. Podríamos evaluar, si esta idea no se constituye en un relato sociocentrista, a partir del diseño de un modelo de envejecimiento acorde a los intereses de la sociedad capitalista, excluyendo ciertas formas de envejecer y ciertas vejeces, marcadas por no estar representadas en el denominado mundo de lo activo y saludable. De esta manera, se reforzaría el proceso de ocultar o desvalorizar a aquellas vejeces que no se ajustan a los parámetros de exitosas, a las que se denominarán vejeces patológicas, frágiles y vulnerables, producto del desarrollo de nuevas formas de exclusión social. Esta estrategia de negar la vejez y la existencia de vejeces plurales y desiguales es paralela, al surgimiento de la tecnologización del cuerpo envejecido y la estetización de la vejez, en concordancia con las reglas del consumo mercantil.

En síntesis, sostiene Urbano y Yuni (2013):

(...) la noción de envejecimiento activo opera como un dispositivo enunciativo que según el contexto socio-político en que se lo emplee, conlleva en sí un sistema de valores, creencias, mitos, prejuicios, prácticas y discursos que ponen en diálogo los temas y problemas de la vejez con la salud, la educabilidad, la plasticidad, la

calidad de vida, el ocio creativo, el desarrollo personal, la participación y la inclusión social. Es una noción que opera como un artefacto metadiscursivo que es empleado por los distintos dispositivos culturales destinados a la población envejeciente para generar prácticas sociales instituyentes que se orientan a contrarrestar los efectos negativos atribuidos al paso del tiempo (p. 265).

En este marco, se desarrollan las disciplinas como la gerontología crítica y la gerontoantropología, que señalan las intenciones del capitalismo, que pretende mediante la producción de tecnologías normatizar y disciplinar el proceso social del envejecimiento, y crear las condiciones para la producción de subjetividades según un modelo de vejez deseable, dejando afuera otras maneras de envejecer, catalogadas de manera negativa. Es decir, el cambio de paradigma es alentador junto con la conquista de derechos para este grupo etario, pero se trata de un discurso que pondera un ideal de vejez, a la manera de un sujeto modelo, reforzando su postura socio-céntrica⁹⁷, con la anulación de las grandes desigualdades sociales, culturales y personales que diversifica las maneras de vivir y representar la vejez.

Uno de los objetivos de los estudios de antropología de las edades, es desentrañar las categorías hegemónicas, creadas al amparo de las necesidades de la reproducción social vigente. Esta tarea comienza con ofrecer claves de lectura y reinterpretación de la experiencia social en relación, a la producción social de las clasificaciones en base a la edad, que nos permita conocer las dinámicas de producción de diferencias y desigualdades. Vimos en el desarrollo de la temática, lo dinámico de estas clasificaciones, pero a su vez, la actualización de la construcción de un nosotros valorado y reconocido frente a un otro, negado y descalificado (vejez saludable versus vejez patológica) en un contexto de la producción de renovadas desigualdades sociales. Desde esta perspectiva, el aporte de nuestra disciplina es revelador, al fundarse en el compromiso de investigar con los propios actores, a fin de aportar a la construcción de sociedades basadas en el respeto y reconocimiento de las diferencias.

Como argumenta Kropff (2009) la tarea de la antropología es desenmascarar estas concepciones que estructuran relaciones de desigualdad, según el atributo de la edad, en interacción con otros:

(...) el adultocentrismo, como lugar desmarcado de poder construye alteridades claramente diferenciadas y las naturaliza con una efectividad notable. Son los mecanismos que generan esta hegemonía, las agencias y capitales que los sustentan, los que una antropología de la edad debería dedicarse a desentrañar. (Kropff, 2009, p. 183)

⁹⁷ Pensemos en el impacto de las definiciones de salud de la OMS (Organización mundial de la salud), como institución normalizadora de las recomendaciones del saber médico, a nivel mundial. Cuestión que nos invita a reflexionar sobre lo universal/lo particular (como vimos con la declaración de los derechos humanos universales con el texto de Canclini: Cultura y sociedad: una introducción)

Referencias

- Balandier, G (1975) *Antropológicas*. Barcelona: Ed Península
- Briones, C (1996), Identidad y fronteras desde la producción del cuarto mundo, *Revista Digital UNQUI*, Buenos Aires:UNQUI.
- Chiriguini MC. (2005) Identidades socialmente construidas. En: Chiriguini compiladora. *Apertura a la Antropología*. Buenos Aires: Proyecto Editorial..
- Feixa, C (1996), *Antropologías de las edades*, Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales: www.cholonautas.edu.pe
- Gutierrez, E y Rios, P (2006), Envejecimiento y campo de la edad. Elementos sobre la pertinencia del conocimiento gerontológico, *Revista Ultima Década Nro 25*, Chile: CIPPA
- Kropff, L (2009), Apuntes conceptuales para una antropología de la edad, *Revista Avá Nro 16*, Universidad de Misiones.
- Lischetti, M. (1994), Naturaleza y cultura (226-230), en: *Antropología*. Ciclo Básico, UBA, EUDEBA
- Osorio y Sadler (2005), La construcción sociocultural de la vejez desde una mirada de género. En: Gonzalez y Renero (comp.) *Climaterio en atención primaria*, Universidad de Chile: Ed Bywaters.
- Osorio, P (2010), La edad mayor como producción sociocultural, en *Revista Comunicación y medios Nro 22*, Universidad de Chile.
- Urbano y Yuni (2013), Envejecimiento activo y dispositivos socio culturales ¿una nueva forma de normatizar los modos de envejecer?, en *Revista Letras y Artes*, Ponta Grossa, 21.
- Yuni, J (2015) Perspectivas críticas acerca de la construcción social de la vejez y las intervenciones socioculturales. En: *Mas Mayores, más derechos*, compiladoras: Paola, Tordo y Danel, EDULP
- Zarebski, G (2016), El paradigma de la complejidad en el curso de la vida y el envejecimiento, Ponencia *Congreso Mundial sobre el pensamiento complejo*, París, Francia.